

Las torres del litoral en el reinado de Felipe II: una arquitectura para la defensa del territorio (y II).

ALICIA CÁMARA MUÑOZ *

LA COSTA DEL REINO DE MURCIA

Fue a mediados del siglo XVI cuando la frecuencia de ataques a las costas de este reino hicieron necesario que la monarquía se preocupara de hallar el modo de defenderlas. En 1554 Carlos I ordenó al corregidor Nuño del Aguila hacer un informe acerca de los mejores sitios para la construcción de las torres. Al año siguiente se aprobó la construcción de una torre en el cabo de Palos y otra en el Estacio, ambas en la zona del Mar Menor. Esa zona siempre fue muy vulnerable debido a que —según cuenta fray Gerónimo Hurtado— al haber agua dulce en la Manga, allí «se proveen muchos navíos, especial de los enemigos que no pueden llegar a hacer aguadas en las fuentes y ríos de nuestra costa... suelen los enemigos varar barcos por esta manga de tierra y hacer presa en la gente del campo y en pastores y otros que se van a recrear allí». En la zona de la Manga el concejo de Murcia había levantado, a partir de 1526, la torre de la Encañizada, que fue reparada tanto en 1564 como en 1578.

En 1539 el emperador había ordenado la construcción de una torre en Cope y esa primera construcción fue ampliada —con una «punta» o rebellín— y mejorada —se aumentó la altura y se hizo parapeto— en el año 1573, comprometiéndose la ciudad de Lorca a dar protección a los

* Departamento de Historia del Arte. UNED.

constructores ya que, como en la mayoría de los casos, mientras se levantaban las torres eran especialmente vulnerables a un ataque. A ese respecto podemos recordar que el ingeniero Antonelli aconsejaba hacer las torres en invierno, por ser más seguro.

Para la defensa de esta costa son claves los informes que dieron Vespasiano Gonzaga y Antonelli. Gonzaga informaba en agosto de 1570 acerca de las torres de este reino, después de haber visitado la costa con Juan Bautista Antonelli. No coincidía su opinión con la del ingeniero ni en cuanto al número de torres ni en cuanto al material de que debían hacerse, pero, al margen de las discrepancias, indicaba que lo importante era hacerlas. La visita la habían hecho tanto a pie como a caballo o en barco.

Con respecto al material para las torres —de tapias o de mampostería—, según Gonzaga era decisión que debía tomar el rey, pues una era más barata y peor y la otra más cara pero más duradera. Vespasiano Gonzaga defendía que fueran de mampostería, pues consideraba a las de tapiería muy vulnerables, débiles para sostener el peso de las piezas de artillería e, incluso, decía que podían ser derribadas con simples picos por los enemigos. Además la tierra de la zona, por su cercanía al mar, era mala para hacer tapias y, en caso de tener que traerla de lejos, ello encarecería mucho unas obras pretendidamente baratas. Antonelli en cambio defendía la conveniencia de la tapiería, sistema de construcción tradicional en España, barato, duradero y eficaz para resistir a la artillería¹. Antonelli, para apoyar su propuesta, recordaba que «de tapias escribe Plinio que en esta costa de España las hizo Anibal para atalayas» y que él había visto en la costa edificios construidos así con más de trescientos años de antigüedad. Una anotación del rey en el margen del informe de Gonzaga nos hace saber su decisión de que se hicieran de mampostería y no de tapiería.

Todo este problema de los materiales iba unido a otra discusión sobre el número de torres que había que hacer. Gonzaga opinaba que había que hacer pocas y buenas, las necesarias para las señales, puesto que tratar de impedir los desembarcos era cosa inútil dadas las características de una costa pobre y desierta. Su propuesta era hacer cuanto antes, en la parte de levante, tres torres: cabo de Palos, el Estacio e Isla Grosa. Sobre todo había que hacer la de la «Isla Grosa, que es la más

¹ A.G.S., G.A., leg. 72, f. 296. Este informe sobre los provechos de la fortificación de tapiería no es de mano de Antonelli, y tampoco lleva fecha o firma que nos indique a quién es debido. Son tantas las ventajas que encuentra su autor a la fortificación de tapiería que aconseja al rey que haga todas sus fortificaciones de esa manera.

desseada assy de los deste Reyno como de los del de Valencia y de todos los Marineros». Esta torre debería ser guardada por un alcaide y siete guardas. Para los guardas de la costa, y tomando como ejemplo lo que se hacía en Capri, se podrían utilizar delincuentes, que fueran desterrados a estas torres por dos o tres años, lo que sería un ahorro (en eso Antonelli coincidía con Gonzaga). Se debían hacer más torres y con menos guardas en aquellos sitios cercanos a poblaciones —pues desde éstas podrían ser socorridas— y menos torres pero con más guardas en los sitios despoblados que, por lo tanto, no iban a poder ser socorridos con facilidad.

Además de las citadas había que hacer una torre a la entrada del puerto de Escombrera. De ahí hacia la parte de levante, el resto de las torres eran: Trafaxuar, Marçeuá, La Olla (para guardar la entrada de Porman), Calnegre, «Cabezo de cal blanque», «El cabezo de la testa de cabo de Palos», Isla Grosa, el Estacio (estas tres eran las más urgentes), la torre de Murçia (que ya estaba hecha) y la punta del Pinatar, con lo cual la señal pasaría ya hasta la de la Horadada en el reino de Valencia. De todas ellas, como ya hemos dicho, la más importante era la de Isla Grosa desde la que se controlaría el que los corsarios no pudieran coger agua en La Manga y se impediría que la misma isla sirviera de escondite a los barcos enemigos; bastaba con que fuera «torre buena y grande y no castillo» y por barca se uniría con la del Estacio. Antonelli en cambio opinaba sobre esta torre que, por estar en una isla, iba a ser muy difícil de construir y de defender y que por lo tanto convenía hacer primero las de tierra firme.

En la parte de poniente de la costa, había que hacer una torre en la otra punta de entrada al puerto de Cartagena, en el lugar llamado Podadera, debiendo ser ésta «alta con su fanal», a modo de faro para los navíos. Las otras que proponía Gonzaga eran El Cantal, «La posta del pertus», «La atalaya de cabo falcon», «La atalaya de Cala Tangar», «La Gimona», la torre del puerto de Mazarrón que ya estaba hecha aunque se debía mejorar, el Castellar, «El cavo de piedra mala», «Palazuelos», «La atalaya de bol de calnegre», Cope, cabezo de Cala Canares, Cambrón, a continuación estaba el castillo del Águila que, aunque derribado, podía servir para transmitir las señales y, finalmente, se enlazaba el sistema con el del reino de Granada mediante la torre de la punta de la Amarguera. Antonelli, tal como ya hemos dicho, proponía más cantidad de torres, hasta un total de treinta y seis.

El número de torres propuesto por Antonelli parece que fue el que se aceptó. En 1576 don Pedro de Velasco, en nombre del rey, fue a señalar qué torres habían de hacerse. Pero 1578 fue el año clave. En

1578 el rey se daba por informado de la necesidad que había de levantar en la costa del reino de Murcia treinta y seis torres. Cuatro de ellas se habían de hacer en el término de Murcia, diecisiete —quince en otros informes—, en el de Cartagena, cinco en el de Mazarrón y doce en el de Lorca (esta distribución numérica por términos no coincide siempre con informes posteriores). En 1578 el Consejo de Guerra aconsejaba iniciar las obras de las torres desde poniente, comenzando por las de Cartagena. El corregidor, Jorge Manrique, escribió que eso presentaba inconvenientes y el Consejo le autorizó a que comenzara por las que él decía. También el corregidor había solicitado una persona, con conocimientos, que fuera visitando las fábricas y el Consejo proponía que se consultase al virrey de Cataluña si todavía era necesario en las obras de los Alfaques el sobrino de Juan Bautista Antonelli. En caso de que éste no pudiera dejar aquellas obras para ocuparse de las torres del reino de Murcia, había otra persona capaz de hacerlo: Sebastián Gómez de Zufre, que había sido sobreestante en la fortificación de Cartagena y del cual había dado muy buenos informes el capitán Fratin (se refiere al ingeniero Giacomo Palearo Fratino). Puesto que nos volveremos a encontrar a Gómez de Zufre años más tarde como sobreestante y visitador de las torres, es de suponer que ya desde este año de 1578 recayera en él un trabajo por el que recibiría seis reales por cada día que asistiese en la fábrica y nueve los días de camino.

Antonelli, que se refería en su informe a un plano de la costa que hoy no conocemos, tasó lo que habían de costar las torres. Las grandes, con la base de mampostería, bóvedas y canes haciendo «guirnalda con su petril», costarían setecientos ducados y las pequeñas quinientos. Entre guardas y atajadores eran necesarios ciento veintiocho hombres para mantener el sistema, cuyos sueldos importaban cuatro mil doscientos ochenta y cuatro ducados al año. Como ya había treinta y cuatro guardas había que incrementarlos en noventa y cuatro más hasta llegar a la cantidad necesaria. Un veedor, que debía residir en Cartagena, visitaría la costa todos los meses llevando la paga, de manera que las torres nunca quedaran solas. Vespasiano Gonzaga había indicado que a los gastos de construcción y mantenimiento de las torres debían contribuir el corregimiento de Murcia, Lorca, Cartagena, tierras de señoríos, encomiendas y los que tenían renta de alumbres, pues a todos beneficiaban. Con don Pedro de Velasco en 1576 se comprometieron las ciudades de Murcia, Lorca, Cartagena y Mazarrón a dar determinadas cantidades de dinero para la fábrica de las torres. Finalmente lo que se hizo fue establecer un impuesto sobre la pesca y el ganado para financiar la construcción.

En la construcción de estas torres se dio un problema muy frecuente,

que es que lo que costaban al final, cuando la obra era pregonada y se contrataba, era mucho más de lo que había presupuestado el ingeniero (en este caso Antonelli). De ello se quejaba don Jorge Manrique, corregidor de Murcia, Lorca y Cartagena, en una carta al rey desde Murcia, en diciembre de 1578. De hecho, ese mismo año, una primera postura para la fábrica de tres torres en el término de Cartagena, fue de seis mil ducados, es decir, dos mil ducados cada una, cuando Antonelli había calculado tan sólo setecientos para las más grandes. Aunque en el remate final bajara la cantidad, pues por ejemplo en este caso el cantero Juan de Morales rebajó en quinientos ducados el coste, para tener que bajarlo después todavía más a fin de superar una oferta mejor, hasta cuatro mil ochocientos ducados como postura final, el caso es que entre lo tasado por el ingeniero y el coste real la diferencia era mucha. Eso originaría conflictos y retrasos.

En 1579 don Jorge Manrique pedía medias culebrinas para las seis torres que ya se habían hecho conforme a la traza de Antonelli. Pedía además arcabuces, mosquetes, pólvora, etc. La medias culebrinas eran piezas de artillería que estas torres soportarían bien puesto que eran torres más fuertes que las de Andalucía (según dice el corregidor, aunque ya vimos que esa información no se corresponde con otras sobre las torres de la costa de Andalucía). El 26 de febrero de 1581, don Francés de Álava, Capitán General de Artillería, informaba desde Lisboa que, después de haber visto las plantas de las torres de la costa del Reino de Murcia a fin de comprobar cuál era su capacidad para artillería, consideraba que para las seis torres construidas serían útiles cuatro falconetes y un medio falconete «y una pecicuela de las de campaña». Advertía que él mismo había comprobado en la costa de Andalucía la facilidad con que los moros se llevaban lo que había en las torres, por lo cual aconsejaba ordenar al corregidor tener un especial cuidado con la guarda de las seis torres, puesto que en cada una iba a haber una pieza de artillería de trescientos ducados.

Las seis torres ya construidas en 1579 conforme a la traza dada por Antonelli fueron la de Cabo de Palos, «Acoia» (¿Azohia?), «El cabeço de Almaçaron», «el Cargador», Águilas y los Terreros Blancos. Si añadimos a estas la de Cope, construida por la ciudad de Lorca, tendremos el número total de torres que verdaderamente funcionaron durante unos años.

Es importante, por su extensión y la cantidad de detalles de todo tipo que aporta, el informe que envió al rey en 1585 el corregidor adelantado y capitán mayor del Reino de Murcia, señor Gómez Pérez das Mariñas («Marismias» en alguno de los documentos), «a cuyo cargo está la fáabri-

ca guarda y custodia de las torres de la costa y marina», de su visita a las torres del Reino, iniciada el 6 de enero de ese año ². En dicho informe se daba cuenta de la situación de las torres. Por ejemplo, la indicación de Antonelli de poner un veedor en Cartagena encargado de llevar la paga a las torres para que no quedaran solas no se debía haber llevado a cabo puesto que los soldados de las torres se desplazaban cada mes a Lorca a por bastimentos y municiones, con lo cual las torres quedaban desguarnecidas. Para remediarlo, se dio orden, en este año de 1585, a Sebastián Gómez de Zufre, sobreestante y visitador de dichas torres, de que fuera él quien cada mes llevara a los cabos y soldados de las torres todo lo que necesitaran. Además, los cabos que tenían a su cargo la guarda y custodia de las torres de Águilas y Terreros blancos debían hacer juramento de tenerlas y guardarlas en servicio del rey, tal como estaban obligados, haciéndose cargo de la artillería y munición y no dando licencia en ningún caso a los soldados que estaban a su cargo. El juramento lo hicieron durante la visita del corregidor, detallándose en el informe en qué consistía el acto del juramento ³.

La visita del corregidor se inició en el puerto que llamaban «los peines», donde había que hacer una torre. Su recorrido y observaciones sobre las torres que faltaban por hacer estuvo en función de lo que Antonelli había dispuesto años antes. Visitó la «torre de los terreros blancos y punta de amarguera», tomó juramento al cabo, y comprobó la artillería, municiones y pertrechos que había en ella. El 8 de enero visitó la Cala Redonda y el «Cañavete» donde había que hacer dos torres para enlazar la de la Punta de Amarguera con la de Águilas. Esta última fue visitada por el corregidor al día siguiente, donde tomó juramento al cabo e hizo el inventario de lo que había en la torre. Para dar continuidad al

² A.G.S., G.A., leg. 177, f. 28. Acompaña a este larguísimo informe una relación de los ingresos procedentes del impuesto sobre el pescado —medio real por arroba— y el ganado —cuatro maravedis por cabeza— desde el cinco de junio de 1578 al seis de enero de 1585, impuestos destinados a la fábrica y guarda de las torres de la costa del Reino de Murcia. También se informa de cómo se han gastado, detallando las cantidades invertidas en salarios y fábricas. Asimismo se indican los guardas y atajadores de a caballo que están obligados a tener los marqueses de Vélez y Villena en la costa.

³ *Idem*. Se especifican también los castigos que llevaba aparejado el saltarse esas normas; en caso de darles licencia, el cabo perdería de su sueldo todos los días que los soldados estuvieran ausentes, en caso de que eso ocurriera por segunda vez, el cabo perdería el sueldo de un mes y, a la tercera, el sueldo de dos meses; los soldados también serían castigados; la primera vez el sueldo de un mes, la segunda el de dos meses y, a la tercera, apartarles del servicio, quitarles el sueldo y expulsarles de la ciudad y su jurisdicción por dos años, siendo condenados a galeras en caso de quebrantarlo. También el alcaide y soldados de la torre de Cope debían cumplir esas órdenes, de lo cual se había de ocupar la ciudad de Lorca.

sistema eran precisas entre esta torre y la de Cope (que había sido atacada en 1578 y 1582), dos nuevas torres «en las calas del canbron y cabeço de cala canara», lugares también visitados por el corregidor antes de llegar a la torre de Cope, donde tomó juramento, en este caso al alcaide, e hizo inventario. Estaba prevista la construcción de otras seis torres en la costa desde esta de Cope hasta llegar al término de Mazarrón. La visita continuó con los lugares previstos para nuevas torres en la costa de Mazarrón, como en la cala de «abençada» («Venzada» en el informe de Antonelli), visitó también la torre del puerto de Mazarrón llamada de san «llefonso» (había en el puerto otra torre vieja, llamada de Santa Isabel), de la que se hizo inventario, tomando juramento al alcaide. Había visitado además, según informaba, una serie de «estancias bajas» en las que los marqueses de Velez y Villena tenían guardas para seguridad de la costa, dando la relación de los nombres de dichas estancias (tenían obligación de tener quince estancias, con tres soldados en cada una, además de catorce atajadores de a caballo «por razon de las haciendas de Alumbres que tienen en la Maçarron»).

En el término de Cartagena, la torre proyectada para «la Ximona» se debía hacer en la «Ysla plana». Existía un torre en La Azohia, de la que también hizo inventario. Se van indicando los lugares en los que se debían hacer más torres, como la de la Escombrera, otra que descubriera «el puerto que llaman de porman ques la cala mas principal de la dicha costa», El gorguel, Portman, La Tamarida, El Estacio..., estaba hecha una torre en el cabo de Palos, de la que también se hizo inventario y se tomó juramento al alcaide.

En el término de Murcia estaba hecha la torre de los Alcázares, a donde llegó el corregidor el 15 de enero. Los sitios donde se habían de hacer las torres del Pinatar y del puerto de la Olinera (¿Olvera?) fueron visitados a partir del 27 de enero por Sebastián Gómez de Zufre, por haber caído enfermo el corregidor. Se subraya la importancia de la torre del Pinatar, debido a que desde ella se descubría el término de Orihuela, la torre de la «Cañizada» y el lugar donde se iba a hacer una torre en El Estacio, situadas estas dos últimas en el término de Murcia, así como la del cabo de Palos, en el término de Cartagena. Hasta aquí este informe.

En otro informe, sin fecha ni firma, pero que debe datar de las mismas fechas se hacía constar que, al estar esa costa tan despoblada, no servían las torres pues, «aunque descubran enemigos y anden por la costa los avisos que ellos dan por fuegos y ahumadas no sirven de ningun efeto para ofender los enemigos, por que estando los lugares tan

distintos y apartados no pueden socorrer los que andan por la costa y quando acuden esta el daño hecho, y los enemigos a salvo». Se proponía reducir el número de torres, dada su poca efectividad, así que de las treinta y seis proyectadas (se dice que son catorce en el distrito de Lorca y veintidós en los de Mazarrón, Cartagena y Murcia), sólo eran necesarias las siguientes: en la costa de Lorca, la de Terreros Blancos, la de Aguilas y la de Cope, que ya estaban hechas, y nuevas serían la de Cañarete, la de Cambrón y la de las Umbrías; en Mazarrón, la «de piedra mala» y la del puerto, que ya estaba hecha; en la costa de Cartagena estaba hecha la de Ayora y había que hacer en la isla plana la torre de Ximena; había que hacer también un torreón en el puerto de la Olvera para que los avisos llegaran a Murcia, Cartagena y Albuñón de forma que pudieran ir a socorrer en caso de desembarco enemigo. Se aconsejaba en este informe crear dos cuadrillas de cuarenta hombres cada una para vigilar toda la costa, debiendo haber en cada una cuatro atajadores de a caballo (el resto eran de a pie). Con ello podría estar a salvo una costa que era continuamente asaltada por los moros.

Eran tan inútiles a veces las torres, que la ciudad de Lorca solicitó en octubre de 1588 licencia para desamparar la torre de Cope y quitar las guardas que mantenía en ella. Esta torre había sido acabada en noviembre de 1573 y fueron destinados a ella un alcaide y seis guardas, aunque, por los datos que se tienen de los ataques sufridos, nunca debió haber tantos. Fue atacada por los corsarios en 1578 y 1582 (en esa ocasión había sólo un soldado con el alcaide que, además, se tuvo que ir a Lorca a dar aviso) y casi destruida, llevándose los moros las armas. La ciudad de Lorca argumentaba para justificar su solicitud de abandono que, lo que se había hecho para seguridad de la gente de la costa, había tenido el efecto contrario porque, al no tener correspondencia con ninguna de las otras torres de la costa, no podían avisar para ser socorrida y los moros y turcos se podían llevar impunemente a los pescadores a los guardas... a quien quisieran. Es más, éstos no la habían destruido «por tenerlo por ocasión y grangería para cautibar mas gente», que era lo que había pasado desde que la torre se edificó. Un desastre que se trató de paliar, tal como hemos visto, con la creación de cuadrillas que recorrieran la costa. En 1589 el corregidor don Diego de Argote proponía crear cuatro cuadrillas de cincuenta soldados cada una, al igual que las que había en el reino de Granada. Lo pagarían los moriscos, los concejos y en parte se financiaría con lo que se destinaba a las fábricas de unas torres que ya no serían tan necesarias.

Sin embargo, no se dejaron de construir torres y, así, nos encontramos al virrey de Valencia, marqués de Aitona, visitando la costa en 1591,

para indicar de nuevo la necesidad de levantar una torre en el Pinatar y otra en el Estacio. Se dio prioridad a la segunda ya que con ella se impediría a los corsarios recalar allí para aprovisionarse de agua, dándose las condiciones para su construcción ese mismo año de 1591. La construyó el maestro cantero Pedro Milanés. Torre circular, ligeramente escarpada, sobre una plataforma, con escalera de caracol, aljibe para recoger el agua de la lluvia, dos estancias abovedadas..., las condiciones fueron las mismas que para la torre del Pinatar, que no se comenzaría a construir hasta 1602. En las condiciones para estas torres de los años noventa hay algunas variaciones con respecto a las que dieron Gonzaga y Antonelli pero, en general, siguen las medidas, materiales, etc., de éstas.

Con respecto a la forma que debían tener las torres, Vespasiano Gonzaga había propuesto que fueran hexagonales por las ventajas de esa forma. Según decía, eran mejores para las piezas de artillería: «que desta manera tienen las piezas mayor reculada que si fueran quadradas y otras muchas condiciones que no tienen las redondas». Debían llevar un aljibe en la parte maciza, debajo «del primer suelo», tendrían una chimenea, y la pólvora se guardaría «arriba en una cassilla de piedra cerrada a manera de garita». Las trazas las dio Juan Bautista Antonelli. Incluso cuando en 1578 don Jorge Manrique, corregidor de la ciudad de Murcia, propuso hacerlas con una sola bóveda en vez de con dos, que era lo que había dispuesto Antonelli, se le ordenó que no alterara en nada la traza del ingeniero. La opinión del corregidor era que, al tener que estar en cada torre tan solo tres personas, «vastaría una sola bobeda, q̄ demas de ser menos la costa seria mas fuerte por que yría terraplenado y la puerta sería más alta». Enviaba al Consejo de Guerra un modelo para que se pudiese comprobar que, además de más baratas, resultarían más fuertes. Tuvo que acatar sin embargo la orden del Consejo y seguir las trazas de Antonelli. En 1579 informaba el corregidor que las seis torres ya levantadas se habían hecho «tan grandes como Joan Baptista las designo».

De 1578 son las «Condiciones con que se pregonan y Rematan las torres que se hazen en el el reyno de Murcia», que responden a las trazas dejadas por Juan Bautista Antonelli. Con esas condiciones se pregonó la fábrica de la torre de las Águilas y de la de los Terreros Blancos. Las últimas posturas fueron la de un tal Francisco de Aranda para la de los Terreros, en mil ciento noventa ducados, y la de un cantero llamado Naveda para la de las Águilas, en novecientos treinta ducados. En ambos casos se les había de poner una escolta de soldados para proteger la construcción hasta que la fábrica llegara a la primera bóveda. Debían ser

construidas con mezcla de cal, arena y hormigón⁴. El diámetro debía ser de cincuenta y tres pies, perdiendo cada cinco pies uno de talud hasta llegar a los quince pies de altura, pues a partir de ahí se construían a plomo. Por encima de la parte terraplenada, la muralla debía ser de diez pies de grueso «guardando sus seisabos»; en uno de ellos se abriría la

⁴ A.G.S., G.A., leg. 85, f. 154. Por el interés que puede tener para el historiador, reproducimos a continuación lo esencial de esas condiciones: «Las condiciones con que se an de hazer las torres de la costa del Pinatar term.º de la çiudad de Murcia hasta la çiudad de cartagº y desde la ciudad de cartagº hasta el Reyno de granada para guarda y defensa de la dicha costa que por mandado de Su Md se mandan hazer... Primeramente an de ser seisabadas y de muy buena mezcla de cal y arena y hormigon a pisson por un tanto la tapia o caña que adelante se declarara la medida que a de tener y en las partes donde no se hallare arena porque en todas no la abra en lugar de arena se pondra tierra con condicion que tenga grano o cajuela y a dos espuestas de cal se pondran echar tres de arena o de la dicha tierra y si fuere de manpostería se haga la mezcla una de cal y otra de arena y si fueren de hormigón las dichas tapias bastara lo que se a dicho dos de cal y tres de arena o tierra./ Yten a de tener cinquenta y tres pies de diametro que se entiende el grueso de abaxo y en cada cinco pies pierde uno de talus por manera que a quinze pies perdera tres de cada parte que quedaran quarenta y siete pies y de ay arriba a de yr a plomo aguardando sus seisabos ansi de dentro como de fuera y a el esegir que tenga la muralla de grueso por la parte de abaxo treze pies porque en laltura de quinze pies quede en los diez pies./ Yten a de yr terraplenado, hasta la dicha altura de quinze pies de tierra muy buena aguada y a pison ni mas ni menos que quando hazen tapias./ Yten del terrapleno arriba a de tener la muralla de grueso diez pies guardando sus seisabos así de dentro como de fuera y a plomo de dentro y fuera./ Yten en el uno de los dichos seisabosse a de elegir una puerta en el propio suelo del dicho terrapleno ques a laltura de los quinze pies que tenga quatro pies de hueco de buena piedra o de ladrillo y entrando por la puerta a la mano derecha se a de dexar un hueco para hazer un caracol para subir a lo alto y encima de la puerta a de tener una saltera para que de mas luz./ Yten a de tener de altura del Rostro de la puerta hasta la Rosca de la bobeda ocho pies enarcando la bobeda sobre la dicha muralla dos pies los quales tenga la dicha bobeda del diente y atras dos ques a grueso del casco de la dicha bobeda. La qual se çerrara a medio punto y a de ser de ladrillo y de muy buena mezcla delgada como es usso y de costumbre y si le pareciere al señor Corregidor que en las partes donde se hallaren buenas losas que en muchas partes las abra, en lugar de ladrillo se podran hazer las dichas bobedas de las dichas lossas dandole un pie mas de grueso que las que fueren de ladrillo./ Yten desde el Rostro de la puerta quando estuviere la obra de alli ariba veynte y ocho pies se a de formar la guirlanda de canes de piedra de laltura de pie y medio y de salida dos tercios de pie.../ Yten la segunda bobeda comiença a enjarxar a seis pies de pie derecho del segundo suelo... dexando en medio de la dicha bobeda, en una bentana para luz que tenga quatro pies de hueco en redondo lo qual ygalado y puesto a nivel se a de losar de losetas de barro cozido quadradas como las ussan en Murcia dexando sus corrientes para desaguar.../ Yten que en el un seisabo en el primer suelo de la primera bobeda no en el frontero de la puerta sino en el otro junto al frontero a la mano yzquierda se dexara un hueco de çinco pies de largo y tres de hondo para una chimenea...». En este documento, las dos últimas condiciones se refieren a la torre de Mazarrón, indicándose de dónde se ha de extraer la piedra para las esquinas de los «seisabos». Sobre condiciones para Mazarrón, también A.G.S., G.A., leg. 85, f. 149. Las condiciones para la torre de San Miguel del Estacio en 1591, en JIMÉNEZ DE GREGORIO, F., *El Municipio de San Javier en la historia del Mar Menor*. Murcia 1984, págs. 85 a 87.

puerta, a la altura en que acababa el terraplén, esto es, a los quince pies. Entrando a la derecha estaría la escalera de caracol, embutida en el muro, para subir a lo alto. A mano izquierda, no en el lienzo de muro frontero a la puerta, sino en el siguiente, se situaba la chimenea. Las bóvedas de las dos estancias debían ser de ladrillo, o bien de «losas» allí donde las hubiera. El tiempo estimado para la construcción era de tres meses. Había que seguir el modelo que tenía el corregidor, con las medidas «que ay hechas de madera por orden de Jhoan batista antoneli yngeniero de Su M.». Las seis esquinas de las torres debían ser de piedras grandes picadas y bien labradas, y las guirnaldas de las mismas piedras.

Según un informe del corregidor de Murcia, Sebastián Infante, en 1617 estaban construidas en la costa del Reino de Murcia las torres del Pinatar y del Estacio —esta segunda muy alabada por los contemporáneos— en el término de Murcia, las del Cabo de Palos, Porman y Mazarrón en el de Cartagena y, en el de Lorca, las de Águilas y Cope, pero casi todas estaban desmanteladas y necesitaban ser reparadas. Las de Cope y Águilas siguieron destruidas durante la primera mitad del siglo xvii, a pesar de que en 1625 se proyectaron dos nuevas torres, para Cope y Calabardina, que no llegaron a realizarse. En realidad se trataba de torres que eran pequeños fuertes: la de Cope de ciento sesenta pies de frente, con cuatro baluartes pequeños, con torre del homenaje, se debía haber situado cerca de la torre vieja, pero no en el mismo lugar. La de Calabardina se pensó cuadrada, con cincuenta pies de lado, sin baluartes, con cuatro garitas voladas en las esquinas y, en ambas, almacenes, alojamientos, etc. La finalidad de ambas torres en este año de 1625 era la de defender las almadrabas. El ingeniero Jerónimo de Soto firmó en 1625, junto con Bartolomé de Anaya Villanueva, del Consejo de Guerra, la traza para una torre que había que levantar en Cope y Calabardina (fig. 1). Es una torre que sigue el modelo tradicional desde fines del siglo anterior para esta costa: de mampostería, redonda, con cuarenta y cinco pies de diámetro, terraplenada hasta los veinticinco pies y a partir de ahí a plomo, con muros de siete pies de grueso, con dos bóvedas de ladrillo, siendo destinada la de abajo a alojamiento, con parapeto en la parte superior sobre «tres ordenes de canes»... Es un modelo de torre bastante repetido y que, con ciertas variantes, se puede encontrar también en el reino de Nápoles (fig. 2).

En el siglo xviii las torres de esta costa fueron reconstruidas y algunas hechas de nuevo. En un plano de la costa del año 1774 (fig. 3) se indica que estaban construidas las torres de Cope, Mazarrón, Azohia (aparece como «Sudia», pero la ubicación es la misma), Porman, Cabo



Fig. 1. Jeronimo de Soto: torre que se habia de levantar en Cope y Calabardina. 1625. Archivo General de Simancas.

de Palos, Estacio, Ecañizada y Horadada, aunque se registran también señales de otras construcciones en la costa.

No parece que en el siglo xvi el sistema defensivo en estas torres⁵ llegara a funcionar con efectividad, debido a las características de esta tierra, a pesar de los grandes proyectos y los muchos esfuerzos empeñados en ello. Siguió siendo una costa vulnerable a los ataques corsarios en muchos de sus puntos, por lo que no es de extrañar que, a finales del siglo xvi, Cascales escribiera que, si los de Cartagena eran buenos

⁵ Sobre las torres en la costa del Reino de Murcia: JIMÉNEZ DE GREGORIO, F., *El Municipio de San Javier en la historia del Mar Menor*. Murcia 1984; COLAO, A., *Cartagena en los siglos xvi y xvii*. Murcia 1982; MONTOJO MONTOJO, V., *Cartagena en la época de Carlos V*. Murcia 1987; GARCÍA ANTÓN, J., «La torre de Cope, Una fortificación costera en la Marina murciana», *Castillos de España*, año XIX, núm. 22 (1984), págs. 25-38; Colección Aparici, tomo XX, págs. 3 a 5; A.G.S., G.A., leg. 73. f. 110; leg. 85, f. 144, 145, 149, 150, 154, 155, 157, 158, 160; leg. 90, f. 162, 163 y 164; leg. 110, f. 185; leg. 177, f. 28, 29, 30, 31 y 32; leg. 241, f. 235; leg. 262, f. 221; leg. 916, s. f.

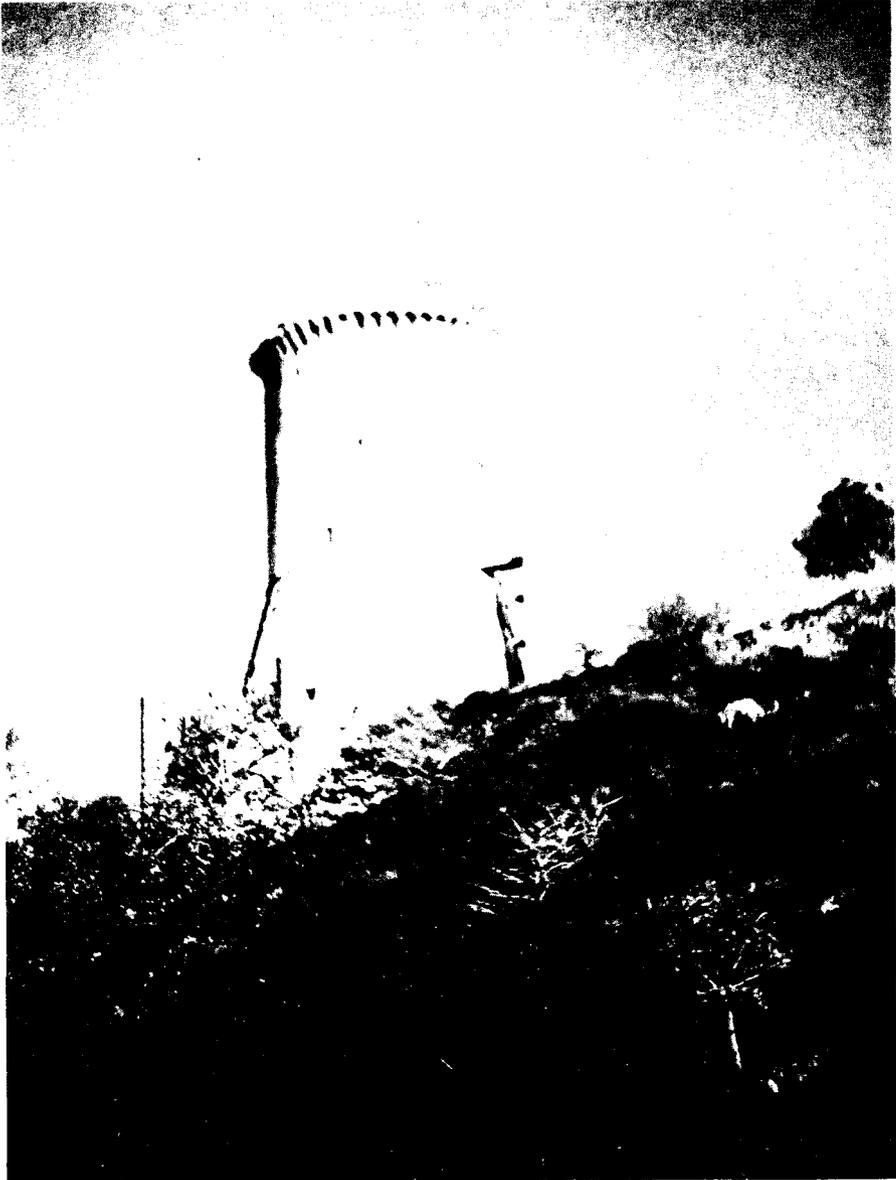


Fig. 2 Torre di Velia nel Cilento.

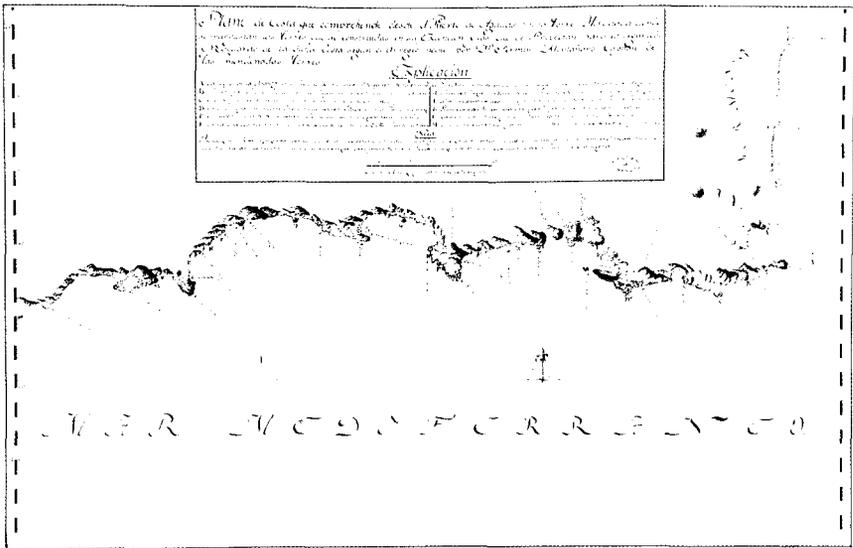


Fig. 3 Plano de la costa de Murcia. 1774. Archivo General de Simancas.

guerreros, ello era debido a que salían «a menudo a escaramuçar, que la costa está tan pisada de moros, que nunca les falta ocasiones para mostrar en las obras sus altivos pensamientos»⁶.

COSTA DEL REINO DE VALENCIA

Las características de la costa mediterránea —desde el punto de vista de su vulnerabilidad a un ataque de envergadura— fueron puestas de manifiesto por Leonardo Donato en su *Relación de España*, del año 1573. Según escribía, toda la costa, desde Gibraltar a los Pirineos, se encontraba a salvo de una invasión «porque aparte de tener muchos pequeños reductos» no había ningún puerto —a excepción de Cartagena— en el que pudiera atracar una armada real. Aconsejaba sin embargo «presidiar» la costa, pues existía el peligro de una invasión desde Berbería que contara con la ayuda de los moriscos del reino de Valencia⁷.

⁶ CASCALES, *Discurso de la ciudad de Cartagena*. Valencia 1598, págs. 45 y 46.

⁷ GARCÍA MERCADAL, J., *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, vol. I. Madrid 1952, págs. 1186-1187.

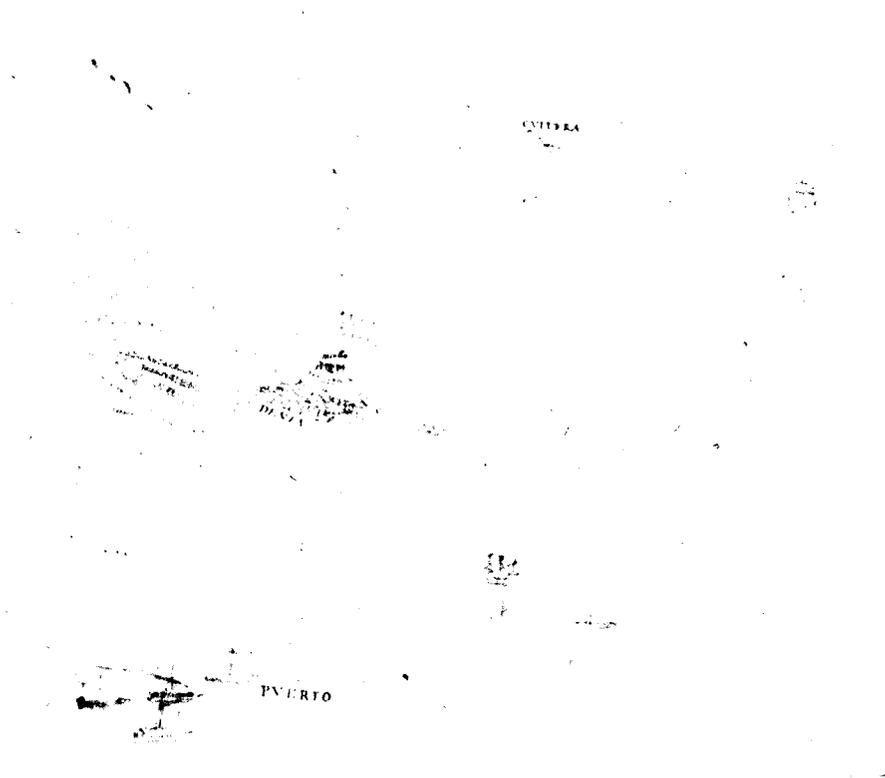


Fig. 4 Denia. 1575. Archivo General de Simancas.

En los años setenta, que es cuando se escribieron estas palabras, el tema de la fortificación de la costa del Reino de Valencia fue prioritario para el Consejo de Guerra. La situación del norte de África, donde existían bases seguras para el enemigo, y el miedo a la posible ayuda que los moriscos⁸ pudieran prestar a una invasión, justificaron el interés de la monarquía por la fortificación de esta costa. El estado de una parte de

⁸ Es frecuente que en los informes se aluda al peligro que podían suponer los moriscos. El ingeniero Bautista Antonelli, informando en 1579 sobre la necesidad de acabar la fortificación de Peñíscola, escribía que «tiene los enemigos al derredor que son los tagarinos de Aragón y los moriscos deste Reyno los quales aunque publicamente no llevan armas no creo que del todo esten sin ellas y si queremos dezir que no son gente de guerra a mi me parece que son tan españoles como los demás...» A.G.S., G.A., leg. 90, fol. 23.

ella lo podemos ver en uno de los dibujos que acompañaron los informes de estos años setenta (fig. 4): representa la costa entre Denia —que tiene cercados tanto la villa como el arrabal— y Cullera, y entre ambos lugares aparece una pequeña torre vigía, por la que pasa el camino costero, que nos permite apreciar la importancia estratégica de estas torres en una costa con amplias zonas despobladas.

Hasta esos años, habían sido significativos los siguientes pasos dados para la fortificación de la costa: las cortes del reino pidieron en 1547 que se edificaran dos torres —en Cullera (que será atacada por Dragut en 1550) y en Oropesa— para completar la vigilancia de esa zona costera. En 1552 volvieron a pedir la construcción de torres en la costa. En 1554 se dictaron las ordenanzas para la vigilancia y defensa de las torres y fortalezas de toda la costa de este reino, desde Murcia a Cataluña. La financiación se hizo mediante el impuesto sobre la seda, decretado en 1547⁹. Un año más tarde, en 1555, la princesa doña Juana ordenó al ingeniero Juan Bautista Calvi que reconociera las fortificaciones del reino de Valencia¹⁰. Un nuevo acuerdo en cortes, del año 1564, sirvió para mejorar las torres ya construidas y hacer otras nuevas.

Se conserva un informe sobre la fortificación de la costa por el ingeniero Juan Bautista Antonelli que, aunque sin fechar, es posible que date de 1569¹¹. En el informe aconsejaba impedir que los corsarios pudieran abastecerse de agua en esa costa, para lo cual era importante poner artillería en las torres ya construidas. Era necesario por tanto hacerles nuevos remates con unas «guirnaldas» sobre canes que ensancharan la plataforma superior de forma que las piezas de artillería tuvieran sitio para recular. Había que hacer nuevas torres en los lugares en los que faltaban y estas nuevas torres eran cinco: la de «Cap negrete cerca del Río de Altea, otra en Sant Ant^o junto a Xavea, otra junto a Castellón, y otra en las aguadas de San Pedro»; de los otros lugares no recuerda el nombre pues es un informe hecho de memoria, sin tener sus notas delante. En el peñón de Ifach había que poner dos piezas de artillería. Además, en la isla de Santa Pola «que está entre Alicante y el puerto nuevo de Helche», habría que hacer también alguna «fuerza» para evitar que desembarcaran en ella los corsarios. En el mismo informe daba cuenta Antonelli del estado de todas las fortificaciones de la costa:

⁹ GARCÍA MARTÍNEZ, S., *Bandolerismo, piratería y control de moriscos en Valencia durante el reinado de Felipe II*. Valencia 1977, págs. 23-26.

¹⁰ MARTÍNEZ MORELLA, V., *Castillos y fortalezas de la provincia de Alicante*. Alicante 1951, pág. 21.

¹¹ A.G.S., G.A., leg. 72, fol. 182. Es posible también que se trate de un proyecto de Antonelli del año 1563. Sobre esto *vid.* GARCÍA MARTÍNEZ, S., *op. cit.*, pág. 50.

Alicante, Denia, Peñíscola, Benidorm, Cullera... y presentaba un panorama algo desalentador, de fortificaciones a la antigua y en mal estado.

Otro ingeniero, Luis Scrivá, informaba el año 1567 de que en toda la costa que había desde Valencia hasta Barcelona no existía ninguna torre en la que pudiera haber artillería. Este ingeniero fue enviado para dar su parecer sobre la torre de Oropesa, que era «tan gran torre que mas presto se podría llamar fortaleza», así que convenía conservarla y sobre todo debía pasar a depender del rey, pues la tenía don Pedro Cervellón. La valoró en diez mil ducados incluyendo en ello el terreno en torno a la torre¹². Por la descripción que hace de ella¹³, se trata de la «Torre del Rey» en Oropesa.

No fue hasta mediados de los años setenta cuando se abordó definitivamente la empresa de fortificar esta costa. Para ello fue importante la contribución económica —cien mil libras de las que se habían gastado ya cincuenta mil en 1576¹⁴— que consiguió el marqués de Mondéjar de los estamentos de ese reino en 1574. Fue de nuevo Vespasiano Gonzaga —virrey de Valencia entre 1575 y 1578— quien informó sobre cómo asegurar la costa mediante nuevas obras de fortificación. Lo hizo antes de ser virrey, pues su predecesor en el cargo, el marqués de Mondéjar, informó al Consejo de Guerra, el 18 de noviembre de 1574, que era necesario reparar, reedificar y hacer nuevas torres para la guarda y defensa del reino, indicándose en una anotación al margen que de ello ya se estaba ocupando Vespasiano Gonzaga¹⁵. Sabemos que Gonzaga inició una visita a la costa a finales de agosto de 1575 y, en los informes remitidos al rey en febrero de 1576, dio cuenta de lo necesarias que eran las torres para defenderse del turco. Para hacer las nuevas torres se planteaba el problema de siempre, que era el de la financiación. Se hacía preciso emplear el nuevo impuesto «que está aplicado para los gastos de la costa», por lo que solicitaba al rey que «VM lo diga a esos señores y se ordene lo que havre de hazer q aunque es cosa tan menuda que qualquiera de mis predeçessores la emprendiera sin hezer dello Ruydo no he querido mover cosa en este sugeto sin dar dello parte».

Las torres propuestas por Gonzaga eran las siguientes: había que

¹² A.G.S., G.A., leg. 72, fol. 12.

¹³ *Ibidem*, «por tener una muralla de diez y seys palmos gruessa y ser de canto labrado y de muy recia Argamasa fabricada de Altura de palmos setenta con quatro bovedas bien rezias y dos cubos o casasmatas... con un Algive y otras tres casillas junto a la dicha torre...».

¹⁴ A.G.S., G.A., leg. 81, fol. 41.

¹⁵ A.G.S., G.A., leg. 81, fol 38.

atender a la petición de Villajoyosa y Benidorm de hacer una torre en la «Ysleta» que debía ser «mayor que las comunes y ordinarias», para poder resistir ataques, ya que era una torre que tendría que ser socorrida por mar. Aunque parece que no se llegó a realizar, en el informe se indica que a su construcción contribuiría Villajoyosa proporcionando toda la mano de obra. Aparte de Villajoyosa y Benidorm ninguna otra villa ayudaría a esa obra, pues sólo a esas dos afectaba. Había que hacer otras tres torres, una en Ifach, junto a Calpe, otra entre Oliva y Gandía y otra en la desembocadura del Júcar, en Cullera. Estas tres serían de las «ordinarias», se presupuestaron en unos dos mil ducados y en cada una debería haber una o dos piezas de artillería.

Unos años más tarde, en 1582, se mencionaban en el término de Orihuela la Torre Vieja y las torres de Cabo Roig (Figs. 5 y 6) y Cerver, así como el castillo de Guardamar, aunque en la década de los ochenta los corsarios argelinos pudieron atacar menos las costas por no tener ya el apoyo turco. García Martínez recuerda no obstante el «canto del cisne» de estos ataques entre 1582 y 1584. Resultado de ello sería el que en las cortes de 1585 de nuevo se abordara el tema de la reedificación de torres destruidas y la necesidad de hacer otras nuevas.

Seijo Alonso, en su estudio sobre las torres del reino de Valencia, da la siguiente relación de las torres: Horadada, Cabo Roig, Torrejón, Torre Vieja, Torre Cervera Torre La Mata, El Pinet, Carabací, Tamarit, Escaletes, Atalayola, Agua Amarga, Alcodra, Isleta, Aguas, Charco, Josa, Aquilón, Las Caletas, Seguro, Bombarda, Cap Negret, Galera, Mascarat, Ifach, Moraira, Granadella, Ambolo, Portichol, Fontana, La Mezquita, San Antón, Aguadulce, Olimbroy, Encarraz, Almadraba, Oliva, Piles, Jaraco, Torre de la Vall, Cullera, Gola del Perellonet, Torrenueva, Grao de Valencia, Torre del Puig, Grao de Murviedro, Torre de Mardá, Almenara, Biesma, Burriana, Mijares, Grao de Castellón, San Vicente, San Julián, Colomeras, Torre de la Cuerda, Torre del Rey, Torre de la Sal, Torrenostrá, Capicorp, Campanillas Torrenueva, Torre de Badum, Benicarló y Sol del Riu¹⁶. No todas corresponden a este siglo, pues algunas son anteriores y otras fueron modificadas posteriormente.

Algunas de las construidas durante este reinado fueron circulares, como la de la Horadada, que fue reedificada en 1591, interviniendo en ello el ingeniero Cristóbal Antonelli. Esta torre estaba, junto con las de Torre Vieja, Cabo Roig y Cerver, en el término de Orihuela. También fueron circulares la de Escaletes, la de Cabo Roig (figs. 5 y 6), Piles y la

¹⁶ SEIJO ALONSO, *Torres de vigía y defensa contra los piratas berberiscos en la costa del Reino de Valencia*. Valencia 1978.



Fig. 5. Torre de Cabo Roig.



Fig. 6. Detalle de la torre de Cabo Roig.

de Cullera en la desembocadura del Júcar. Una de ellas, la del Cabo Cerver, ha llegado a nuestros días rodeada por un nuevo perímetro circular con escaleras (fig. 7). Otras en cambio se construyeron cuadradas o poligonales, e incluso hay alguna hexagonal. La mayoría se hicieron con escarpe, macizas hasta la altura de la puerta de entrada —aunque ésta en ocasiones se sitúa a nivel de tierra— y normalmente fueron de mampostería aunque las hay de sillares. Con escalera de acceso a la plataforma superior, estancias abovedadas y chimenea, apenas se diferencian de las de la costa de Murcia. En algún caso fueron torres muy fuertes, como la de San Vicente en Benicasim, o la que Cristóbal Antonelli proyectó en Alicante, en el monasterio de la Santa Faz, ya en los años noventa (fig. 8), aunque la más fuerte de todas era la torre del Rey, en Oropesa, a la que antes no referimos y que, como decía Scrivá, era más fortaleza que torre ¹⁷.

Las obras de fortificación de la costa del reino de Valencia fueron especialmente reseñadas entre las grandes obras del reinado de Felipe II por sus panegiristas. Uno de ellos recordaba en concreto tanto la fortificación de Peñíscola como la torre levantada en la desembocadura del río Júcar, en Cullera, que fueron dos obras proyectadas por Vespasiano Gonzaga ¹⁸. En la torre de Escaletas, en Santa Pola, una inscripción medio borrada recuerda que esa fue una de las obras emprendidas por Vespasiano Gonzaga, príncipe de Sabbioneta. También en la torre de la desembocadura del Júcar, en Cullera, una inscripción sobre la puerta de entrada recuerda que fue construida el año 1577, durante el reinado de Felipe II, siendo su lugarteniente y capitán Vespasiano Gonzaga. Tanto los textos históricos de la época como esas inscripciones nos recuerdan que, a pesar de la aparente modestia de la arquitectura de estas torres, fueron obras en las que, por un lado, se invirtieron grandes recursos debido a su necesidad y, por otro, algunos de los mejores ingenieros y militares de este tiempo se ocuparon de diseñar ese sistema de defensa e, incluso, dejaron su nombre unido a sus obras mediante un recurso como el de la inscripción, tal como ocurre con el nombre de Vespasiano Gonzaga, como si se tratara de una suntuosa o fortísima fábrica.

¹⁷ Sobre las torres en la costa del reino de Valencia: SEIJO ALONSO, *op cit.*, GARCÍA MARTÍNEZ, *op cit.*, MARTÍNEZ MORELLA, V., *op cit.*, VILAR, J. B., «Fortificación y defensa del litoral en el sur valenciano (siglos XVI-XVII)», *Cuadernos de la Biblioteca Española de Tetúan*, núms. 19-20 (1979), págs. 131-164. MASIA VILANOVA, J., «Una política defensiva mediterránea en la España del siglo XVI», en VV.AA.: *Pensamiento político, política internacional y religiosa de Fernando el Católico*. Zaragoza 1956. SARTHOU CARRERES, C., *Castillos de España*. Madrid 1932. A.G.S., G.A., leg. 81, fols. 33, 35, 38, 41, 43 y 58; leg. 90. fol. 23; leg. 72, f. 182.

¹⁸ VANDER HAMMEN: *Don Filipe el prudente...*, fol. 129v.º

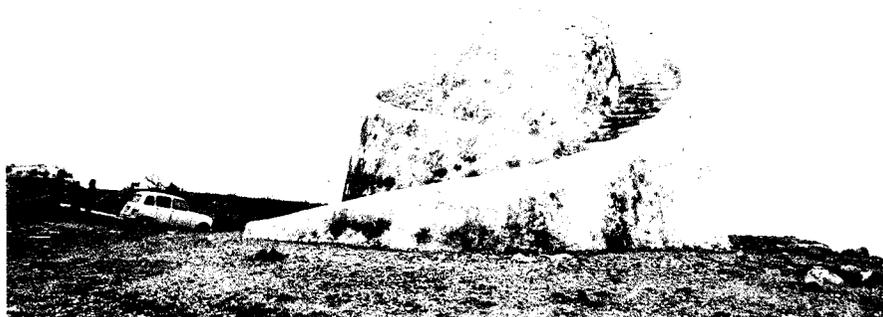


Fig. 7. Torre de Cabo Cerver.



Fig. 8. Cristóbal Antonelli: Torre.

CATALUÑA Y MALLORCA

Si las torres hasta ahora estudiadas fueron parte de un sistema tan bien diseñado que hizo que en algunas una inscripción recordara los nombres de sus creadores, las torres de los Alfaques de Tortosa fueron las más celebradas de este tiempo. En los Alfaques, «albergue y nido de corsarios»¹⁹ se construyeron en el reinado de Felipe II «las torres grandes de la boca del puerto» y «... otra en la entrada que el río Ebro hace en el mar con buena artillería para impedir el hazer aguadas las fustas de corsarios...»²⁰. Las torres de los Alfaques fueron una excepción pues, dadas las características geográficas del lugar, se podría decir que fueron autónomas con respecto a todo el sistema de torres costero. Los informes se refieren a ellas siempre aparte del resto de las torres proyectadas para la costa. En concreto la torre de la punta del Alvet fue proyectada, como veremos, casi más como un pequeño fuerte que como una torre propiamente dicha. Antes de que se construyeran, los corsarios podían estar allí muchos días «con la misma seguridad que si estuvieran en el propio Argel cautivando muchos naturales de aquella tierra y los vaxeles que pasan por allí cada día»²¹.

Juan Bautista Antonelli informó al rey en los años sesenta de la necesidad que había de hacer una torre en «las aguadas de San Pedro» y una fortaleza para guardar el puerto. En las obras de los Alfaques trabajó también el ingeniero Luis Scrivá, que partió para allí después de haber informado sobre la torre de Oropesa en 1567, con un sueldo de doscientos ducados al año. El Comendador de Uldecona, don Dionis Coscón llegó desde Malta por orden del rey en 1572 para ocupar el cargo de Alcaide de Tortosa y torres de los Alfaques y se ocupó de agilizar las obras de estas torres. En 1575 el rey informaba a Coscón de que había mandado a su ingeniero, Juan Bautista Antonelli, a Barcelona con los diseños de las torres para que el Prior don Hernando de Toledo, Capitán General del Principado, el Comendador Coscón y el ingeniero decidieran la forma, fortaleza y lugar para dichas torres. En febrero de 1576 Vespasiano Gonzaga hacía notar la importancia de los Alfaques tanto para el reino de Valencia como para Cataluña y, a pesar de que hacía constar que no era competencia suya, daba algunos datos de sumo interés.

¹⁹ *Relaciones universales del mundo*, de Juan Botero Benes... traducidas... por el Lcdo Diego de Aguiar... Valladolid 1600, fol. 4.

²⁰ VANDER HAMMEN, *op cit.*, fol. 129.

²¹ A.G.S., G.A., leg. 183, fol. 153.

Por un lado criticaba lo que se iba a gastar en los Alfaques para construir unas torres insuficientes para hacer frente a una armada y excesivas para defenderse de las «cuatro fustas» que hasta allí solían llegar. Quizá lo que más sorprende es su afirmación de que en eso estaba de acuerdo Antonelli, que «lo dize a boca llena». También explicaba que los distintos pareceres sobre las torres habían obedecido a intereses particulares: los pescadores querían una en el lugar llamado Boliche, pues aseguraría la pesca; los patronos de barcos, señores de salinas y mercaderes querían la torre en la punta del «Alhuet» y los de Uldecona y Caña la querían cerca de la Rápita para poder cultivar la tierra con seguridad. Esta es la razón de que en esos años se pensara en hacer tres torres, pues «todos dizen que es allí necessaria donde la han menester y dizen verdad y por esto se a determinado que las torres sean tres». En su opinión el gasto de las tres torres se debería aplicar a hacer una muy buena en medio de la boca del puerto, para proteger cuya construcción el rey debería enviar doce o quince galeras ²².

Aunque hay un dibujo de los Alfaques y sus torres del año 1580, obra de Cristóbal Antonelli (fig. 9) en el que se indica qué torres estaban construidas (letras A y B) y las que faltaban por hacer, la ubicación de las distintas torres que aprecia quizá con mayor claridad en la fig. 10, que acompañaba un memorial de don Dionis Coscón del año 1585. A la derecha se ve la torre de San Pedro del Codonyol, que guardaba unas fuentes en las que los moros se abastecían antes de agua. En la parte central se dibuja la torre que se debe hacer en la punta del Alvet —«tan reforçada que sea un castillete con sus traveses y cisterna»— y casi enfrente la torre, ya construida, de San Juan del Boliche. En el memorial también se aconseja tomar «la casa y torre de la Rapita que es de la Religión de San Juan y de la encomienda de Uldecona» que fue antes monasterio de monjas de esa orden. La razón es que era casa fuerte y muy adecuada para que en ella se recogieran tanto la gente como los materiales para las obras. Serviría como almacén, casa de munición y, además, en sus hornos se podría fabricar bizcocho.

Antes de llegar las torres al estado que se refleja en este memorial, se habían dado las trazas para ellas. En 1578 se había dado orden a Cristóbal Antonelli (sobrino de Juan Bautista) de que fuera a ocuparse de las obras de los Alfaques. Cristóbal Antonelli siguió las trazas dadas por su tío y el 16 de diciembre de 1580 envió un amplio informe —acompañado del dibujo de conjunto a que ya nos hemos referido (fig. 9)— en el

²² A.G.S., G.A., leg. 81, fols. 33 y 34.



Fig. 9. *Cristóbal Antonelli: Los Alfaques, 1580. Archivo General de Simancas.*

que incluía la traza para la torre de San Cristóbal en la Punta de Alvet (fig. 11) que en planta tenía diez palmos más que la de San Juan del Boliche. Tal como indicaba en el texto que acompañaba a la traza, ésta era «conforme las trazas y modelo y memoriales de Juan Bautista Antonelli», que es lo que el rey había ordenado.

Informaba también Cristóbal Antonelli de la marcha de las obras: estaba hecha, aunque faltaban algunas cosas, la torre de San Juan del Boliche, pero había habido muchos problemas con la construcción del «bastión y torre» de la punta «que será la llave de todo el puerto» y sin la cual las otras dos torres —estaba también hecha la del Codonyol— no serían efectivas. Al no ser una torre hecha por cuenta del rey, los destajeros habían sido muy lentos cortando la madera y, además, fueron a la punta donde se iban a hacer el bastión y torre con muy «poco aparato aunque se lo avía yo dicho y dado por escrito», se quejaba Antonelli. Con todo ello llegaron las noticias de la nueva torre a Argel «y armaron tres galeras y llegaron aquí y an tomado el bastión que no tenía sino veynte palmos y estaba hecho los traveses que son los braços de la



Fig. 10. Los Alfaques y sus torres. 1585. Archivo General de Simancas.

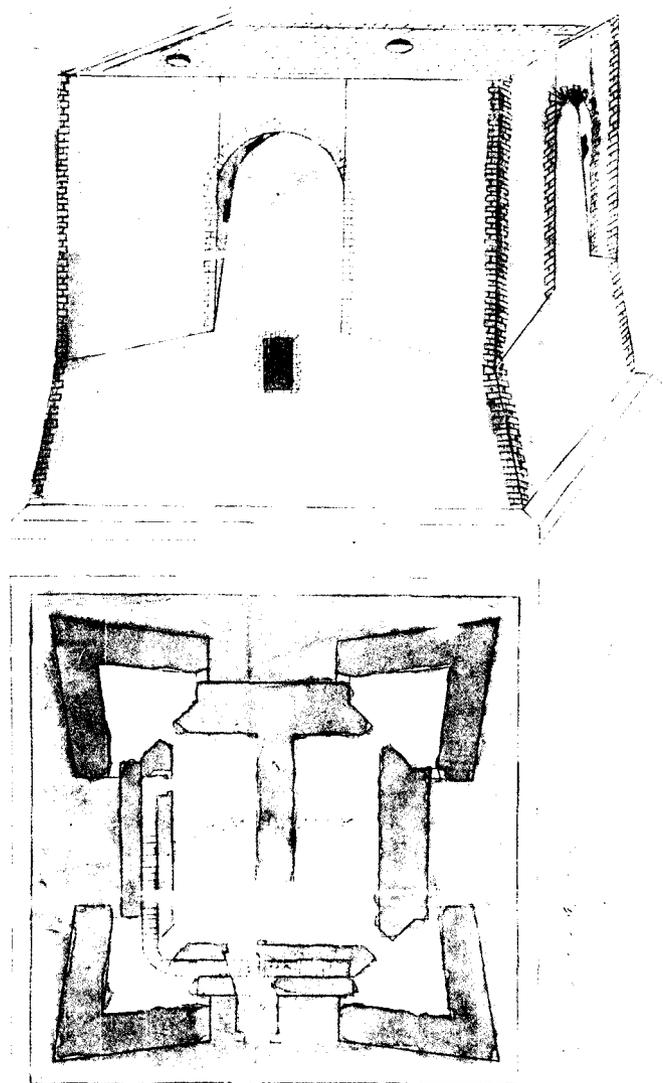


Fig. 11. Cristóbal Antonelli. Traza de la torre de San Cristóbal. Los Alfaques, 1580. Archivo General de Simancas.

fortificación». En el bastión había sesenta y seis hombres, pero sin cabo y el capitán estaba en Barcelona, lo cual explicaba también el desastre. Cristóbal Antonelli contaba cómo él se había salvado por poco de ser apresado por los moros, porque solía dormir en una nave que estaba junto al bastión, que fue precisamente la primera que tomaron. Debido a todo esto y a los «enojos» había estado «muy mal a la muerte».

Para evitar que de nuevo sucediera algo así solicitaba al rey que enviara cuatro o cinco galeras durante cuatro o cinco meses para proteger las obras hasta que se acabara el bastión y la torre se pusiera en defensa. Aparte del interés que reviste para conocer la profesión de los ingenieros de fortificación y los peligros a que se veían sometidos durante su trabajo, es un informe en el que hay otra información reseñable, que es la de que los destajeros estaban encarcelados y había que decidir si eran ellos quienes debían pagar el daño que habían hecho los moros, valorado en seiscientos o setecientos ducados, puesto que su lentitud había dado ocasión a que se produjese este desgraciado suceso. Insistía Antonelli en la necesidad de continuar las obras y en hacerlo con protección, pues «este sitio es como estar junto Arger y quantas vezes se dará principio tantas lo desbaratarán porque les conviene a ellos mucho este puerto que lo llaman cabo de oro»²³. Sobre todo ello informó Fratin que las obras efectivamente debían ser acabadas.

En 1581 Juan Bautista Antonelli, tío de Cristóbal, solicitaba al rey mayor sueldo y mejores obras para su sobrino —«que salga de 20 ducados al mes y de hazer torres»— pero éste siguió ocupándose de ellas, pues sólo en septiembre de 1591 se le ordenó pasar al ejército de Aragón por no ser ya necesario en los Alfaques. Cristóbal Antonelli, que había trabajado antes en Mazalquivir, Navarra y Cartagena además de en otras obras con su tío, que le había enseñado la profesión, servía al monarca español desde 1564²⁴ y, con posterioridad a las obras de los alfaques, trabajó en algunas de las torres del reino de Valencia, tal como hemos visto anteriormente.

En enero de 1581 tanto Cristóbal Antonelli como Jorge Setara informaron y dieron trazas sobre la torre de la punta del Alvet. Jorge Setara, ingeniero milanés, se ocupó durante muchos años de la fortificación de Perpiñán, y del año 1589 data un mapa de la zona costera fronteriza entre Valencia y Cataluña (fig. 12) que es obra suya. Este ingeniero, ya

²³ A.G.S., G.A., leg. 110, fol. 132.

²⁴ A.G.S., G.A., leg. 111, fol. 216.

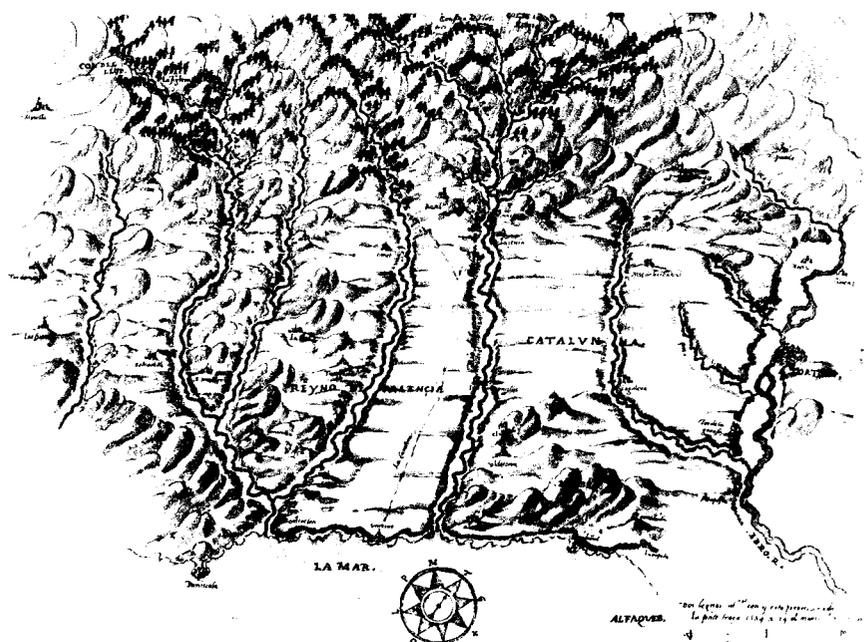


Fig. 12. Jorge Setara: «Traça de los montes que ay en Valencia que fue a reconocer Antonio de Alçate para la fabricación de vaxeles». 1589. Archivo General de Simancas.

muy anciano, pues tendría sesenta y nueve años de edad²⁵, refleja en este mapa tanto el relieve y los ríos como las poblaciones, desde Peñíscola hasta Tortosa y se puede apreciar la ubicación de los Alfaques con respecto a esa costa. Las trazas que ambos dieron para la torre de los Alfaques revisten un interés especial, dada la gran experiencia de los dos en materia de fortificación y el prestigio de que gozaron como ingenieros.

El ataque de los corsarios, a que antes nos referimos, fue la causa de que el Consejo de Guerra reconsiderara «de nuevo lo que toca al sitio, designio, y grandeza de la fuerza». Ahora se consideraba «pequeña y flaca» la torre trazada para la punta y, además, había que cambiar la ubicación para construirla dentro del agua, lo más cerca posible del paso de entrada de los navios para que su efectividad fuera mayor. Según se dice en este año de 1581, esa ubicación había sido también recomendada por Vespasiano Gonzaga, fuente de autoridad nada desdeñable por aquellos años en España. El cambio de lugar la haría invulnerable a

ataques desde tierra y eso permitiría mantener la traza que estaba dada desde tiempos de Juan Baustista Antonelli.

Cristóbal Antonelli efectivamente mantuvo la traza, tal como podemos comprobar en la fig. 13, pero reforzándola y haciéndola algo más grande. Entre las variaciones —disposición de la segunda bóveda, hacer macizos los cubillos— la escalera en la nueva traza estaría en el hueco de la torre y no en el interior del muro como se proponía antes. Enviaba también otra planta para esta punta del Alvet (fig. 14) con la explicación al dorso de lo que costaría la obra —más o menos veintitrés mil libras— y el mantenimiento de la guarnición— veinte soldados, dos artilleros y un cabo de escuadra— que serían mil trescientas libras al año.

En el informe de Jorge Setara que acompaña a sus dos trazas, una de la planta de la torre (fig. 15) y otra de la «Prospectiva»(fig.16), se decanta este ingeniero por hacer la torre más grande —ciento diez palmos de «quadro», en lugar de los ochenta previstos en principio— y con la casa para aposentos en medio de la torre y no pegados éstos al muro²⁶. La guarnición para esta torre sería menos numerosa que la que proponía Antonelli para la suya, y especificaba Setara que tendrían que dormir «alto en los aposentillos porque saran mas presto a la defensa». De nuevo fue el Fratin el ingeniero que informó al Consejo de Guerra sobre el tema, en el sentido de que cuanto mejor se hiciera la torre tanto mejor sería.

Jorge Setara aconsejaba además, en vista de la desgraciada experiencia, que las obras no se dieran a destajo porque «los maestros destas partes son muy olgadizos y azen sus obras muy a plazer». De hecho, sabemos que la torre de San Juan del Boliche había podido ser acabada gracias al empeño de Pablo Sayfores que, por haber sido fiador de los maestros —Pedro de Costa y Juan de Castillo— que tomaron a destajo la obra, se vio obligado a acabarla de su dinero cuando los destajeros abandonaron la obra por no haber tenido dinero con lo presupuestado mas que para hacer la mitad. Además habían sido parientes y amigos los que habían defendido la obra de posibles ataques durante su cons-

²⁵ A.G.S., G.A., leg. 191, fol. 96. Es un documento de 1586 en el que Setara afirma tener sesenta y seis años y llevar dieciocho ocupándose de las obras de Perpiñán. Pide más sueldo al rey y permiso para ir a su casa en Milán. Argumenta que a Luis Escrivá se le daban doscientos ducados al año sobre las obras cuando estaba en los Alfaques, pero él ahora tenía en cambio mayores gastos y trabajos.

²⁶ «y en esta traça la Casa queda en el medio con dos bovedas sinzillas y una escalera para subir y la boveda mas alta ha de ser mas baxa del terralleno çinco palmos... las murallas ch'los aposentillos que se haran encima d'la boveda han de ser de muralla delgada...» A.G.S., G.A., leg. 110, fol. 134.

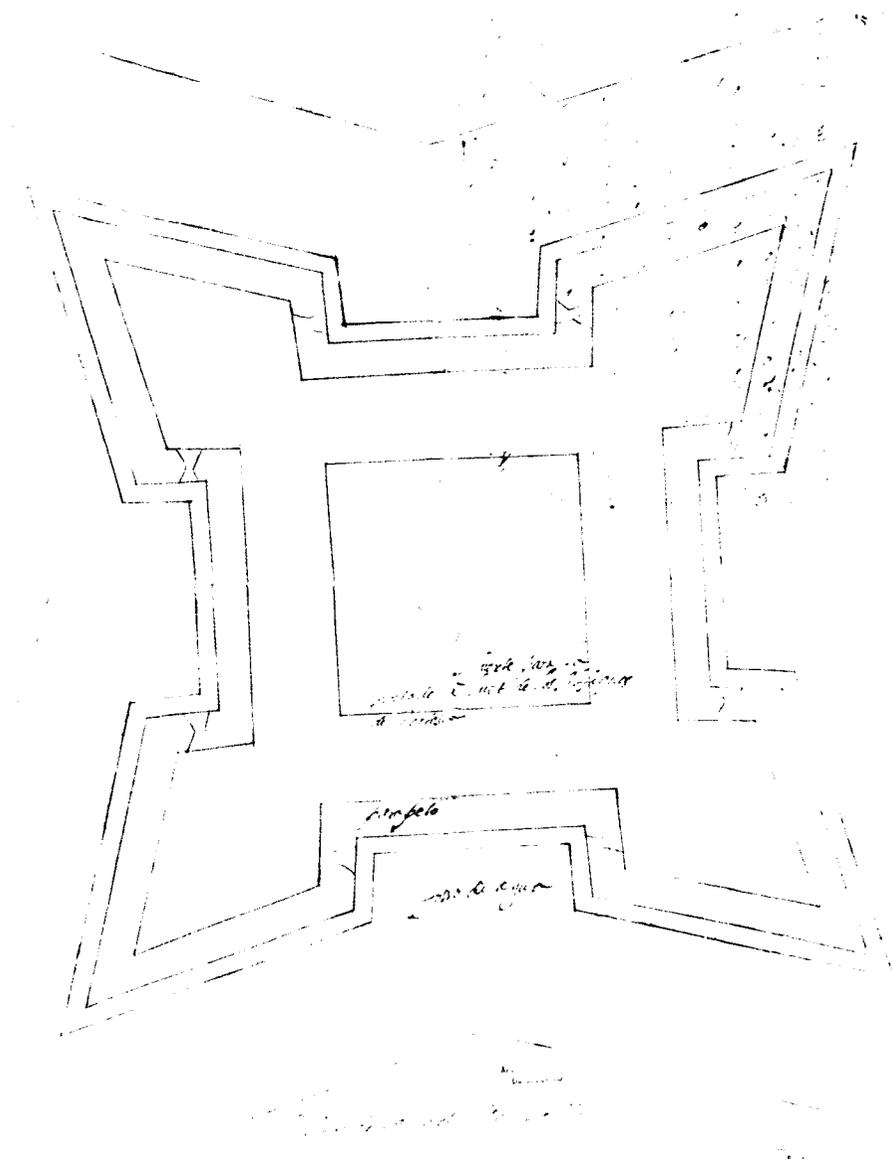


Fig. 14 Cristóbal Antonelli: traza de torre para los Alfaques. 1581. Archivo General de Simancas.

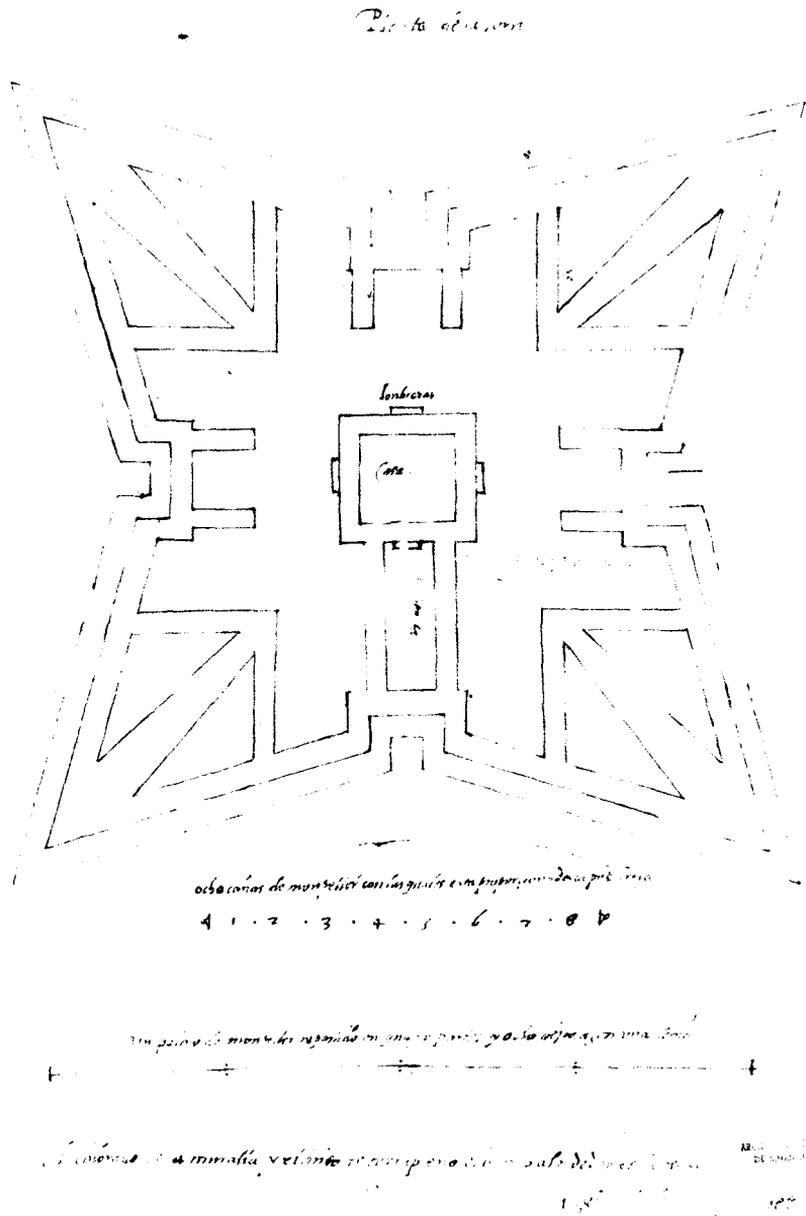


Fig. 15 Jorge Setara: planta de la torre para los Alcaques. 1581. Archivo General de Simancas.

trucción. Por todo ello solicitaba en 1586 al rey que le nombrara capitán tanto de esa torre como de la de Codonyol²⁷.

En 1587 al único ingeniero que se citaba entre los responsables de la decisión de hacer la torre al menos mil pasos dentro del agua era a Jorge Setara. Según este ingeniero²⁹, para la construcción de esta fuerza —con capacidad para cincuenta soldados, cuatro cañones, dos culebrinas y otras piezas más pequeñas de artillería— bastarían dieciocho mil libras de las cien mil que habían concedido el Principado y Condados en Monzón para la fortificación de estos territorios. Había que hacer también una torre en el «Cargador», pero ésta pequeña, tan sólo para cuatro soldados, media culebrina y medio cañón. El hecho de que años más tarde, en 1593, se ordene al ingeniero Spannocchi reconocer los sitios de los Alfaques²⁹ en los que se había de construir torres —parece que finalmente no fue— nos indica que a pesar de las urgencias de años antes, el conjunto de torres de los Alfaques seguía sin estar terminado.

Con respecto al resto de las torres de la costa de Cataluña, a comienzos del siglo XVI se construyó la torre del Rey en el cabo de Creus³⁰. Hay también un dibujo del año 1543 en el que se representa el golfo de Rosas con las dos torres que debían defender el puerto (fig. 17). En la segunda mitad del XVI se ordenará la construcción de veinticinco torres en el litoral catalán³¹. En 1564 el rey ordenó a don García de Toledo que además de informar sobre Perpiñán, informara también sobre qué torres se debían construir en las costas de Cataluña y Valencia³². En 1566 de nuevo, encomendó al virrey Hurtado de Mendoza el plan para fortificar la costa mediante el sistema de torres³³.

²⁷ El conde de Miranda, virrey de Cataluña informaba ese mismo año sobre dicha pretensión y la de que le nombraran veedor y contador de la fábrica de los Alfaques, que «es hombre honrado, natural de aquella tierra, y que tiene experiencia de lo tocante a aquella fabrica, entiendo que si quando la huviesse, V M^ª fuesse servido de mandarles ocupar en alguna cosa della», lo haría bien. Sobre si hacia falta un capitán en San Juan del Boliche, lo debían decir el veedor y el ingeniero de las obras. En esa torre había quince soldados y en la de Codonyol cinco, aunque este número se doblaba en verano. Había además tres Artilleros y doce piezas de artillería. A.G.S., G.A., leg. 241, fols. 79, 80 y 81.

²⁸ A.G.S., G.A., leg. 196, fol. 47.

²⁹ *Colección Aparici*, tomos VI y XI.

³⁰ APARICI, J. M., *Breves apuntes sobre la defensa de las costas españolas*. Barcelona 1880, pág. 5.

³¹ CATALA I ROCA, P., *De cara a la mediterrània. Les torres del litoral català*. Barcelona, pág. 16.

³² FERNÁNDEZ ASIS, V., *Epistolario de Felipe II sobre asuntos de mar*. Madrid 1943, núm. 1590.

³³ CATALA I ROCA, P., *op. cit.*, pág. 73.

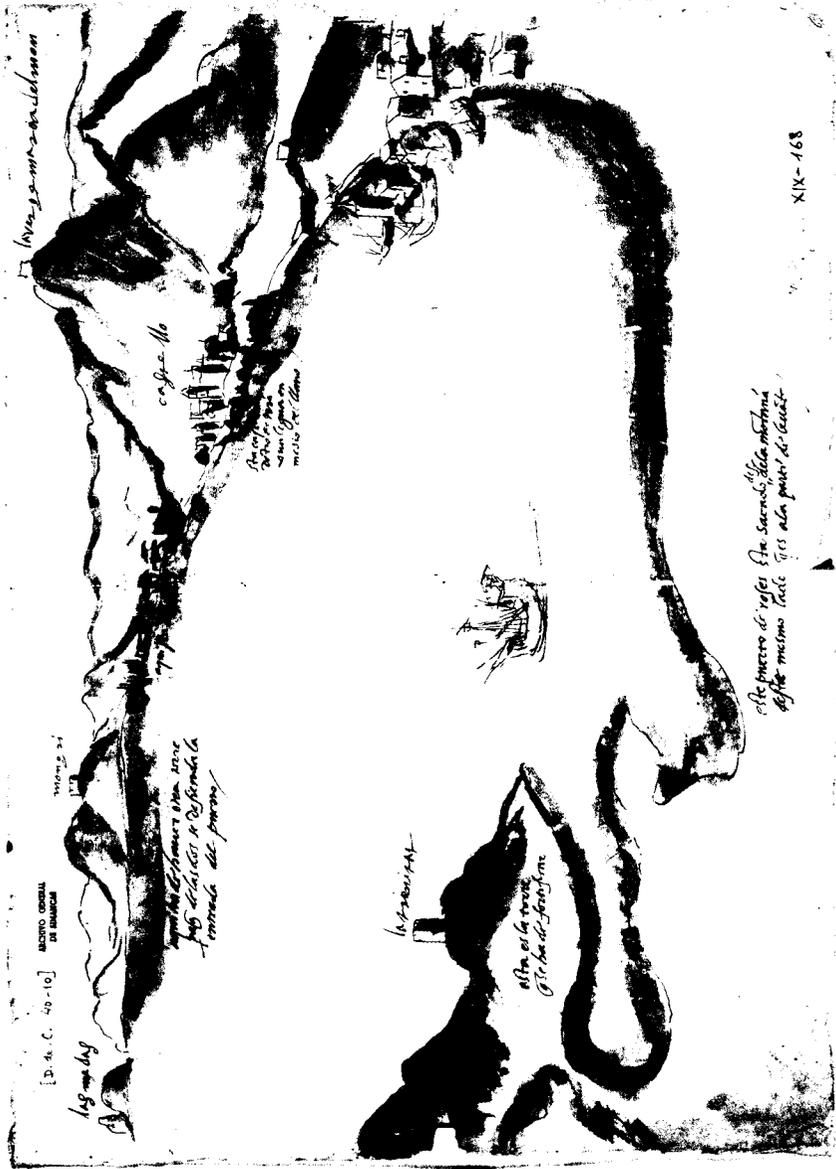


Fig. 17 Puerto de Rosas. 1543. Archivo General de Simancas.

No obstante, más de veinte años después, en 1587, el ingeniero Jorge Fratin dio su parecer sobre las torres que eran necesarias y de nuevo comprobamos las carencias de un sistema defensivo que debía parecer imposible de acabar, pues son bastantes las torres que se indican. Según informaba Fratin en 1589, su parecer del año 1587 sobre las torres lo había dado después de conocer la relación de veintiocho torres que habían elaborado los «paesanos, marineros y particulares de barçalona muy platicos». De entre ellas este ingeniero seleccionó las trece que eran más necesarias. Desde la frontera hasta Barcelona había que hacer una en «cap Çervera» (Cap Cerbère), otra en el «coll de port ligat», y las siguientes en «cap de bisbe», dos en el golfo de Rosas, una en «temoriu» (Tamariú), otra en cala Fosca, luego en «Cañet», «lugarola» y la última en Canellas, entre Tossa y Lloret. De Barcelona hacia Poniente eran necesarias en «cala ferrosa», «cala calafat», «las ligas» y «cap rog»³⁴. Finalizando ya el siglo, en 1598, fue el ingeniero Jerónimo Marqui quien construyó torres costeras en Barcelona³⁵.

Además debieron existir torres financiadas por particulares, como la que tenía en Calella el conde de Aitona «para amparo y deffenssa de los vezinos de la dicha villa». Era esta una torre antigua, pero «para no ser moderna es buena fortificación, por que de mas de ser de cal y canto tiene la muralla cassi dos baras de grueso con sus travesses y saeteras que la franquean y defienden la campaña». Tenía también piezas de artillería. Considerada como lo que era, una fortificación, en 1587 se ordenó derribar una torre que había hecho el comisario del Santo Oficio de la Inquisición delante de esta torre del conde pues, como informaba el Consejo de Guerra «siempre se deve preferir el bien publico al particular», aunque para ello fuera preciso hablar con el cardenal de Toledo debido a la condición del clérigo que había edificado la torre³⁶.

La torre del Mas de Bisbe, una de las referidas en el informe de Fratin, era cuadrada, de mampostería, con hiladas de piedra en las esquinas, características que aparecen también en otras torres, incluso anteriores a este reinado. La mayoría de las que son del xvi se construye-

³⁴ A.G.S., G.A., leg. 250, fol. 373 y leg. 196, fol. 48. En el mismo año 1587 otra relación de Manrique de Lara, informaba de que las torres necesarias eran «puerto Ligat», «cala de el Junco», «cuestas de garraph», «punta de la ferrosa», «col de Valaguer», «punta de grosa» y «punta de el aguila» y que cada una de las cuales costaría dos mil libras. A.G.S., G.A., leg. 196, fol. 47.

³⁵ CAMARA MUÑOZ, A., «Fortificaciones españolas en la frontera de los Pirineos. El siglo xvi», en *Actas del Congreso Internacional de Historia de los Pirineos*. Cervera 1988 (en prensa).

³⁶ A.G.S., G.A., leg. 208, fol. 106.

ron no obstante en forma circular³⁷ y preparadas para soportar artillería, con sus «guirnaldas» y parapetos, similares a las que hemos ido viendo a lo largo de toda la costa.

En el reino de Mallorca el virrey ordenó en la isla de ese nombre, en los años treinta, edificar torres costeras que sirvieran para atalaya y defensa³⁸. El ingeniero Juan Bautista Calvi informaba en 1555 con respecto a la isla de Ibiza que, a pesar de no haber podido visitar dicha isla con detenimiento, era importante para su defensa que se hicieran algunas torres en los puertos principales para evitar los continuos desembarcos de los enemigos. Había que hacer también otras torres «per atalaya per la guarda de la pagessia» que impidieran los apresamientos de aquellas gentes para ser llevados a Argel. Afirma que va a recorrer la isla con el gobernador para dar la relación exacta. En anotación al margen, el Consejo de Guerra hace saber al rey que ese es un asunto «entendido assi años ha» y que está bien que Calvi de su informe acerca de la defensa de la isla.

Por el mismo informe del ingeniero Juan Bautista Calvi sabemos que también la isla de Formentera era continuamente visitada por los corsarios argelinos «per la grande comodita del porto del espalmador». Recomendaba por tanto hacer en esa isla un par de fortalezas para guardar el puerto. Lo consideraba muy necesario puesto que los corsarios llegaban desde Argel a la isla utilizándola como escala para atacar la costa de Alicante. Con las nuevas fortalezas propuestas no sólo los corsarios dejarían de estar allí como en su casa, sino que la isla se podría comenzar a cultivar, lo cual reportaría riqueza ya que era una isla «che per la sua fertilita li diedero le antichi il vero nome de la formentera». El Consejo de Guerra estaba de acuerdo, puntualizaba que efectivamente la tierra de esta isla era mejor para el cultivo que la de Ibiza, pero planteaba un grave problema que había que solucionar: la isla no era del rey, sino de la iglesia y si era el rey quien la fortificaba podía haber conflictos en el futuro con el arzobispo, así pues, era preciso negociar con la iglesia acerca de la defensa de esta isla³⁹. No obstante, se ordenó al ingeniero que enviara planta y traza de las dos fortalezas que habría que hacer en Formentera.

³⁷ BONET I GARI, L., *Les masies del Maresme*. Barcelona 1983. Citado por CATALA I ROCA, P., op. cit., pág. 87. Sobre las torres en Gerona: PLA CARGOL, J., *Plazas fuertes y castillos en tierras gerundenses*. Gerona, Madrid 1951, págs. 223-226.

³⁸ ARCHIDUQUE LUIS SALVADOR: *Torres y atalayas de Mallorca* (1916). Palma de Mallorca 1983, pág. 10.

³⁹ A.G.S., G.A., leg. 60, fol. 216 y 217. «Esta formentera por no ser de su magd sino del arzobispo nunca se ha fortificado siendo muy neçesaria y util la for^{on} por lo q scrivio Juan bautista...».

Por lo que se refiere a la isla de Mallorca, en 1580 estaban acabadas algunas torres (Refenbeix, torre des Port...) y, entre ellas, la torre del puerto de Andratx ya había demostrado su efectividad pues, utilizando arcabuces para disparar desde ella se había evitado que los moros tomaran unos barcos del puerto. En vista de lo útil que era, los mercaderes solicitaban que en ella se pusiera artillería. En la misma fecha —diciembre de 1580— la torre de la Dragonera se estaba acabando, pues se pretendía que en enero estuviera finalizada, aunque ya servía, tal como estaba, para que los turcos no pudieran abastecerse allí de agua «sino con gran trabajo y mucho tiempo»⁴⁰. En 1583 se acabaron tres torres, pero aún quedaban siete por construir para culminar el plan de defensa. En 1584 el rey ordenó que se construyeran las que faltaban. La más necesaria era la de Porto Petro, pero había que hacer también las de Cala Portals, Malgrat, Cala Llebeix, Cala Estral, Cala Teix, Cala Vaca, Calobra y Cala de Formentor⁴¹. El astrónomo mallorquín Juan Bautista Binimelis fue encargado por Luis Vich, de hacer los planos y una maqueta del reino indicando tanto las torres antiguas como los lugares en los que había que hacer otras nuevas⁴².

Después de un informe dado por el virrey, Luis Vich, que probablemente corresponda al que acabamos de citar, el Consejo de Guerra recomendó en 1588 construir una fuerte torre en la isla de Cabrera pues, junto con otra torre pequeña que ya estaba hecha, serían suficientes para la defensa. Se recordaba la necesidad que había de construir una torre en la boca de Porto Petro, en la isla de Mallorca, pues era ese un puerto grande y, además con agua dulce «desde donde los cossarios hazen agora mucho daño». El coste de las dos torres propuestas sería de cinco mil ducados y de ello se tenía que hacer cargo el rey, pues el reino se comprometía a pagar la guarnición que se pusiera en ellas, así como la de las que se hicieran en el futuro y la de las cinco torres que ya se habían hecho los últimos cuatro años en la parte de poniente de la isla⁴³.

Las torres que se construyeron por orden del rey —pues hubo otras particulares— fueron circulares, del mismo tipo que otras muchas a las que hemos ido refiriéndonos: normalmente con dos estancias abovedadas, la entrada sobre la base maciza donde solía haber una cisterna, de mampostería —aunque hay algunas con sillares— y con una plataforma

⁴⁰ A.G.S., G.A., leg. 110, fol. 135.

⁴¹ ARCHIDUQUE LUIS SALVADOR, *op. cit.* págs. 11 y 12.

⁴² *Idem.* págs. 16-18.

⁴³ AGS, GA, leg. 234, fol. 147.

en lo alto para la artillería⁴⁴. Sabemos que el ingeniero Jorge Fratin —que en 1596 proyectó fortificaciones para la ciudad de Mallorca⁴⁵— dio trazas para alguna torre⁴⁶ e informó acerca de los emplazamientos óptimos para otras después de haber visitado la isla de Mallorca junto con el maestro de fortificaciones Antonio Saura⁴⁷.

Con estas noticias acerca de las torres mallorquinas finalizamos el recorrido que hemos ido haciendo de las costas. Hemos visto cómo se sistematizó su construcción en función de dos o tres modelos entre los que predomina la forma circular. Con respecto a la disposición interior tan sólo conocemos cómo se colocaban las camas en el aposento de una torre cuadrada trazada por Cristóbal Lechuga para La Mámora en 1616 (fig. 18). En ella se puede apreciar la ubicación tanto de la chimenea como de la puerta y escalera.

Las torres que se levantaron durante el reinado de Felipe II continuaron un sistema de defensa que tenía precedentes muy antiguos⁴⁸. Continuó siendo además una forma útil para el control de una frontera. En ese sentido también en América se dieron ejemplos como la llamada fortaleza de Cumaná en Venezuela, que era en realidad una torre para proteger el abastecimiento de agua a la isla de las Perlas. Asociada a una idea de dominio, el capitán y alcaide de esa fortaleza, Jácome de Castellón, cuando en 1527 solicitó un escudo de armas por los servicios prestados eligió precisamente el dibujo de la torre que él había edificado⁴⁹.

⁴⁴ ARCHIDUQUE LUIS SALVADOR, *op. cit.*, pág. 12. En esta obra se dan muchos datos acerca de cada una de las torres que se construyeron, y a ellos remitimos al lector.

⁴⁵ COLECCIÓN APARICI, tomo X, págs. 56-59.

⁴⁶ Sin duda se refiere al ingeniero Fratin la noticia dada por el ARCHIDUQUE LUIS SALVADOR, *op. cit.*, pág. 27 acerca de la Torre Seca: en 1580 el virrey ordenó que los Jurados construyeran la torre pero «se debía esperar a un tal Fratiu que debía hacer los planos y debía escoger el punto de emplazamiento».

⁴⁷ *Idem*, págs. 31 y 41.

⁴⁸ Con respecto a las torres de tiempo de los moros, Fernando Colón a comienzos del XVI reseñaba que de Sanlúcar de Barrameda a Jerez de la Frontera había «tres leguas llanas de la tierra de pan e viñas e a una legua primera estan dos torres que se dicen los alexares en tiempo de moros», COLÓN, F., *Descripción y cosmografía de España*. Madrid 1910, tomo I, pág. 295. Además de las noticias citada por Plinio, también existía memoria en el siglo XVI de torres edificadas por los reyes cristianos, así Escolano, historiador del reino de Valencia, escribía que los vecinos de Oliva «tienen por tradición que el Rey Don Jaime edificó solas dos torres en este sitio para guarda de mar y tierra y que llamó a la una torre Maestral, la cual como después se fueran edificando casas alrededor della y se hiciese pueblo, quedó incorporada con el palacio...», citado por SEIJO ALONSO, *op. cit.*, pág. 66.

⁴⁹ MARCO DORTA, E., «Cubagua, Cumaná y la primera fortaleza de América del Sur». *Castillos de España*. Segunda época, septiembre (1977), pág. 27.

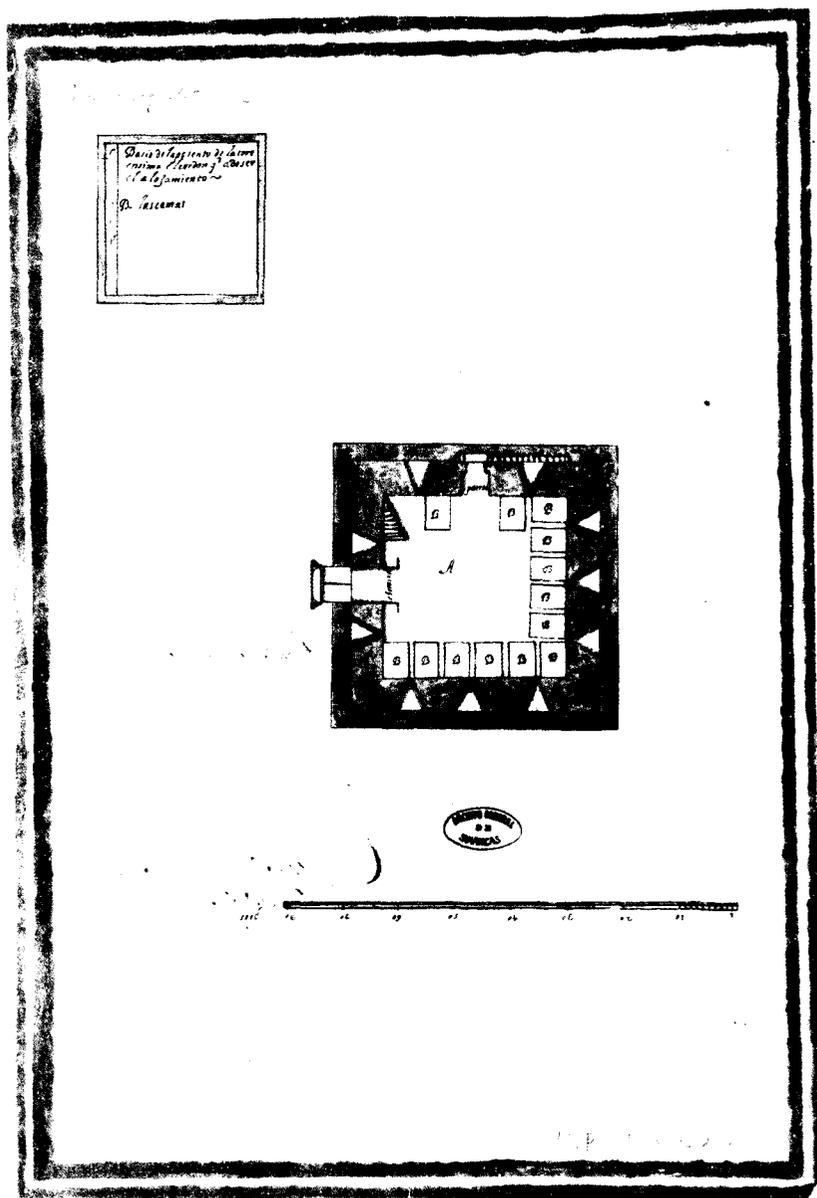


Fig. 18. Cristóbal Lechuga: planta de la torre de la Mámora. 1616. Archivo General de Simancas.

Los peligros a que hubieron de hacer frente estas torres en las costas españolas se agudizaron con el problema de los moriscos pues, como escribía Castillo de Bobadilla refiriéndose a Murcia «aquella costa suele ser infestada y ofendida de Moros y Moriscos del Reyno de Granada, que se han ido a Argel, y como son praticos acá en la tierra, atrevense a entrar en ella»⁵⁰. Fueron los corsarios tan dueños de la costa del Reino de Murcia que el ingeniero Juan Bautista Antonelli, cuando la visitó con Vespasiano Gonzaga, escribió que «todos llaman esta tierra Berbería y no Castilla y está toda inculta y desierta con haver sido otros tiempos habitada y cultivada»⁵¹.

Sirvieron las torres en muchos lugares para impedir que los corsarios se aprovisionaran de agua⁵². En esos casos no eran torres que necesariamente hubieran de formar parte de un sistema, pues ellas solas cumplían una función para la cual debían ser torres más fuertes que las simples torre vigía. Las funciones principales de la torres que hemos ido citando —además de la de impedir las aguadas de los enemigos en algunos casos— las resumía Vespasiano Gonzaga en 1570 de la siguiente manera: «assegurar la mar y la tierra con señales de fuego y haumadas» y «quitar que no puedan parar en la costa vageles y hechar gente en tierra para saquear lugares, o, asaltar caminos o, prender pastores». Lo segundo era bastante difícil pues, sobre todo en verano y con la mar en calma, podían desembarcar por la noche sin ser vistos y regresar de la misma manera hasta los barcos que les esperaban tres o cuatro leguas mar adentro. Ante eso, decía Gonzaga, lo único que hubiera servido hubiera sido «hazer un muro continuado de madera como dixo aquel Capitan atheniense queriendo significar muchas galeras»⁵³.

Como ya hemos indicado, entre las alabanzas al rey Felipe II, figuró la de las fortificaciones que había levantado en todos sus reinos y, entre ellas, merecieron ser citadas las torres edificadas «desde Colibre hasta Ayamonte para el aviso en toda la costa, dichas comunmente Atalayas»⁵⁴.

⁵⁰ CASTILLO DE BOBADILLA, *Política para Corregidores*. Madrid 1597, pág. 652.

⁵¹ A.G.S., G.A., leg. 73, fol. 110.

⁵² A.G.S., G.A., leg. 72, fol. 182.

⁵³ A.G.S., G.A., leg. 177, fol. 31.

⁵⁴ VANDER HAMMEN, *op. cit.*, fol. 29 vº.